

Francisco Comín, Ricardo Hernández,
Javier Moreno (eds.)

Instituciones políticas, comportamientos sociales y atraso económico en España (1580-2000)



ESTUDIOS HISTÓRICOS
& GEOGRÁFICOS



Ediciones Universidad
Salamanca

INSTITUCIONES POLÍTICAS,
COMPORTAMIENTOS SOCIALES
Y ATRASO ECONÓMICO EN ESPAÑA
(1580-2000)

ESTUDIOS HISTÓRICOS & GEOGRÁFICOS

163

COLECCIÓN DIRIGIDA POR

Ricardo Robledo Hernández
Universidad de Salamanca y Universidad Pompeu Fabra

CONSEJO CIENTÍFICO

José M^a. Monsalvo
Universidad de Salamanca

Alberto Marcos Martín
Universidad de Valladolid

Isabel Burdiel
Universidad de Valencia

David Edgerton
King's College, London

Carlos Forcadell
Universidad de Zaragoza

Ángel Viñas
Universidad Complutense de Madrid

Rafael Mata Olmo
Universidad Autónoma de Madrid

CONSEJO TÉCNICO

Raimundo Cuesta
Fedicaria

Vicente Forcadell
Ediciones Universidad de Salamanca

❧ FRANCISCO COMÍN, RICARDO HERNÁNDEZ,
JAVIER MORENO (eds.) ❧

INSTITUCIONES POLÍTICAS,
COMPORTAMIENTOS SOCIALES
Y ATRASO ECONÓMICO EN ESPAÑA
(1580-2000)

HOMENAJE A ÁNGEL GARCÍA SANZ



Ediciones Universidad
Salamanca

ESTUDIOS HISTÓRICOS & GEOGRÁFICOS

163

© Ediciones Universidad de Salamanca
y los autores

Diseño de la colección:
Tau Design

1ª edición: agosto 2017
ISBN: 978-84-9012-781-0 / DL: S. 261-2017
ISBN: 978-84-9012-782-7 (PDF)
ISBN: 978-84-9012-783-4 (ePub)
ISBN: 978-84-9012-784-1 (Mobipocket)

Ediciones Universidad de Salamanca
<http://www.eusal.es>
eusal@usal.es

Impreso en España-Printed in Spain

Maquetación:
Intergraf

Impresión y encuadernación:
Nueva Graficesa

*Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
Puede reproducirse ni transmitirse
Sin permiso escrito de
Ediciones Universidad de Salamanca*

Obra sometida a proceso de evaluación mediante sistema de doble ciego
Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de
Unión de Editoriales Universitarias Españolas
www.une.es



CEP

INSTITUCIONES políticas, comportamientos sociales y atraso económico en España (1580-2000) : homenaje a Ángel García Sanz / Francisco Comín, Ricardo Hernández, Javier Moreno (eds.).—1a. ed.—Salamanca : Ediciones Universidad de Salamanca, 2016?

555 p.—(Estudios históricos & geográficos ; 163)

Bibliografía al final de cada capítulo.

1. García Sanz, Ángel, 1946-2014-Discursos, ensayos, conferencias. 2. España-Condiciones económicas-Discursos, ensayos, conferencias. 3. España-Condiciones sociales-Discursos, ensayos, conferencias. I. Comín, Francisco, 1952-, editor. II. Hernández García, Ricardo, 1975-, editor. III. Moreno Lázaro, Javier, 1963-, editor. IV. García Sanz, Ángel, 1946-2014, homenajeado.

[338:308(460)]:082.2 García Sanz, Ángel

ÍNDICE

Prólogo.....	II
<i>Francisco Comín, Ricardo Hernández y Javier Moreno</i>	

La primacía de Europa	19
<i>Josep Fontana</i>	

DEMOGRAFÍA Y NIVEL DE VIDA

La primera publicación de los «segovianos» (Ángel y Vicente): «Villacastín de 1466 a 1800»	31
<i>Vicente Pérez Moreda</i>	

Análisis histórico de una crisis demográfica: Villacastín de 1466 a 1800.....	37
<i>Ángel García Sanz y Vicente Pérez Moreda</i>	

¿Por qué disminuyó la mortalidad en la España interior entre 1700 y 1850? El caso de la provincia de Soria	55
<i>Emilio Pérez Romero</i>	

Estatura y desigualdad regional en Italia y España. Una perspectiva histórica.....	85
<i>J. M. Martínez Carrión, M.ª E. Nicolás Marín y R. María Dolores</i>	

LAS DIFICULTADES DE LA HACIENDA

Argini e contadini nel basso Po: una fiscalità idraulica (secoli XVI-XVII).....	115
<i>Franco Cazzola</i>	

La administración ejecutiva para la cobranza de las rentas reales en la Castilla del siglo XVII	127
<i>Alberto Marcos Martín</i>	

Las trampas de la deuda en la España contemporánea.....	157
<i>Francisco Comín</i>	

LAS TRANSFORMACIONES MANUFACTURERAS

Innovaciones técnicas para abaratar los costes del trabajo en la España pre-industrial. El programa ilustrado para la industria sedera.....	189
<i>Carmen Sarasúa</i>	
Un empeño fallido de reindustrialización: las Reales Fábricas del siglo XVIII en Castilla y León.....	211
<i>Juan Helguera Quijada</i>	
Cockerill en Ezcaray. Catalanes y valones en la transferencia de tecnología en la industria pañera, 1814-1830.....	247
<i>Josep M. Benaül Berenguer</i>	
La industria textil lanera en Castilla y León en el siglo XIX: la inadaptación a un nuevo modelo empresarial.....	267
<i>Ricardo Hernández García</i>	
Sobre la competitividad internacional de la siderurgia vasca (1880-1913)	287
<i>Antonio Escudero</i>	

REFORMA Y POLÍTICA AGRARIAS

Ángel García Sanz y las consecuencias económicas de la revolución liberal en España	313
<i>Pedro Tedde de Lorca</i>	
Políticas agrarias y desarrollo de la agricultura española contemporánea: unos apuntes	333
<i>Ramón Garrabou Segura</i>	
Contenido, lógica económica y consencuencias de la protección arancelaria del mercado triguero español, 1814-1913.....	347
<i>Javier Moreno Lázaro</i>	
La reforma agraria de la Segunda República. Un comentario bibliográfico (1996-2016).....	373
<i>Ricardo Robledo</i>	

LA TIERRA. SU BENEFICIO Y COSTES MEDIOAMBIENTALES

La retórica de legitimación señorial en las concesiones forales leonesas (siglos XI-XIII)	401
<i>Isabel Alfonso</i>	
Del uso múltiple al uso alimentario. Una visión a largo plazo de la ganadería española (1752 y 2012)	423
<i>David Soto Fernández, Manuel González de Molina, Juan Infante Amate y Gloria Guzmán Casado</i>	

Síntesis de la evolución del uso del suelo en Castilla y León, 1860-2010 <i>Jesús Sanz Fernández</i>	443
La estructura de las explotaciones trigueras en tierras de Segovia (1955- 2009)..... <i>Carlos Barciela</i>	469
Claves para un cambio de paradigma. Naturaleza humana, medio ambiente y derechos humanos <i>José Manuel Naredo</i>	497

GUERRA Y REPRESIÓN

¿Y si nos equivocamos? Mortalidad, combatientes y religiosidad en torno a la Guerra Civil española <i>Emiliano Fernández de Pinedo y Fernández</i>	513
<i>The business of war</i> : los africanistas contra Antonio Cepas..... <i>Santiago M. López</i>	537

PRÓLOGO

ÁNGEL GARCÍA SANZ NACIÓ EN UN PUEBLO de la Ribera del Duero burgalesa – Fuentelcéspedes– si bien pronto se desplazó con su familia a Segovia. Pertenecía a una familia modesta (su padre era Guardia Civil). Conoció –pues– penurias, el valor del esfuerzo y de las exigencias académicas de a quien la vida no le ha regalado nada. Por ello supo valorar a aquellos jóvenes investigadores que –de condición humilde y humildemente– recabaron su ayuda que jamás negó. Amó a sus dos patrias chicas (la natural y la de adopción, Segovia). Pero sobre todo le fascinó Castilla, al punto de ser el académico de la región que más empeño personal puso en la lucha contra la adulteración de su identidad, desde muy joven. La generosidad intelectual y el compromiso con su tierra seguramente sean los dos rasgos que mejor definen a Ángel García Sanz como académico.

Como persona, era un hombre apasionado, ingenioso, brillante, con un extraordinario dominio del idioma, agudo en el análisis, alérgico a lo mediocre y mundano, progresista, de trato afable, siempre instructivo, llano, receptivo y muy trabajador. Pero sobre todo era un buen hombre..., y amigo incondicional de sus amigos.

Desde que inició su trayectoria profesional tras licenciarse en Filosofía y Letras, en 1969, en la Universidad de Salamanca e incorporarse a la Complutense de Madrid, sus coetáneos y otros colegas más jóvenes que disfrutaron de su amistad (y de la de su mujer, Mayte) gozaron de su respaldo. Gracias a él, muchos entraron en contacto con su maestro –Gonzalo Anes–, por quien siempre cultivó un enorme respeto intelectual. Medió para la obtención de becas para no pocos doctorandos de aquella Universidad y de la Autónoma, cuyos alumnos también disfrutaron de su maestría. Acostumbraba Ángel a prestar sus apuntes a quienes se incorporaban a las tareas docentes, algo –antes y ahora– insólito. Formó entonces nuestro homenajeado un círculo de amigos que le acompañó durante toda la vida compuesto por Jesús Sanz, Carlos Barciela, Enrique Llopis, José Ignacio Jiménez Blanco, Antonio Gómez Mendoza, Juan Zafra, Felipa Sánchez Salazar, José Antonio Sebastián Amarilla, Santiago Zapata, Ricardo Robledo,

Francisco Comín, Francisco Zambrana, entre otros. Prolongó su intensa relación personal y académica con su amigo de adolescencia y paisano Vicente Pérez Moreda, con quien publicó su primer trabajo, en 1972, sobre la historia de la población y la estructura económica y social de Villacastín en la Edad Moderna.

En 1980 ganó –junto con su entrañable amigo Piero Tedde– la oposición de Catedrático Agregado (al poco tiempo convertido en Catedrático, y permaneció como tal durante dos cursos en la Universidad Autónoma de Madrid, hasta que en abril de 1982 pasó por concurso de traslado a ocupar la cátedra de Historia Económica en la universidad donde iba a permanecer ya siempre). Ante la elección del destino, escogió volver a su tierra, a la Universidad más próxima a sus dos patrias chicas, la de Valladolid, donde llegó acompañado, por azares de la vida, de Francisco Comín. Había dejado atrás, en la Complutense, una Facultad efervescente, rodeada de excelentes historiadores económicos y economistas de su entorno, como José Luis García Delgado, Julio Segura, Luis Ángel Rojo o el también segoviano Juan Muñoz, a quien acompañó en las lides en contra de la segregación de su provincia de Castilla y León, para llegar a otra en la que Juan Helguera (durante años su mano derecha y también la izquierda) mantenía heroicamente y en solitario el pequeño territorio de la Historia Económica. En ese páramo intelectual encontró entonces Ángel la amistad y sintonía de Francisco Fernández Buey y de Rafael Artigas, quienes, al igual que Francisco Comín, no tardaron en dejar la Facultad, de la que más tarde sería decano. Aunque ayuno de su compañía, Ángel García Sanz emprendió voluntariamente la tarea no ya solo de formar un área, la suya, sino de buscar directores de sus tesis a los jóvenes profesores de Estructura Económica (con uno de ellos, Javier Gutiérrez, cultivó una intensa amistad), cuando no de otras áreas. Ayudó a conseguir becas, estancias en el extranjero, publicaciones. Allí –en aquella Universidad– se presentó la primera tesis por él dirigida en 1998: la de Javier Moreno Lázaro, sobre la industria harinera. Y allí se presentó, unos años después, en 2003, la de su discípulo más joven, Ricardo Hernández García, sobre la manufactura textil.

Ángel García Sanz cultivó también la amistad de los colegas de Historia Moderna y Contemporánea. De hecho, junto con ellos y Julio Valdeón promovió la creación del Instituto de Estudios Simancas, un intento de ecumenismo histórico lamentablemente fallido, cuyos extraños derroteros lamentó tanto en sus últimos días. Con Alberto Marcos tuvo un trato entrañable, como con Celso Almuiña, con quien se sumía en los últimos años en procelosas discusiones académicas, caminando por su barrio, al igual que con Javier Gutiérrez o su gran amigo José Jiménez Lozano. Furibundo anticlerical, gozó de la amistad de dos sacerdotes, Teófanos Egido y Jesús María Palomares, con quienes se recreaba en la controversia y a quienes apreciaba enormemente.

Consiguió el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Valladolid (distinción que ya disfrutaba Ramón Carande) para dos personas a las que profesaba un profundo respeto intelectual: Felipe Ruiz Martín y Josep Fontana Lázaro. La concesión para el primero (vallisoletano de nacimiento y palentino de adopción) no fue difícil. La del gran historiador catalán de la Hacienda resultó para Ángel –cuando ya le rondaba la enfermedad– una auténtica prueba a su perseverancia, debido a los obstáculos que tuvo que vencer.

Ángel García Sanz emprendió, como un compromiso moral autoimpuesto, la difícil misión de sanear académicamente la docencia de la Historia Económica

en las Universidades de la región. En esa tarea de dignificar la disciplina obtuvo dos recompensas: la de volver a dar clase –siquiera durante un año– en su querida Universidad de Salamanca y la de facilitar la llegada a ella de su amigo Ricardo Robledo, con quien (y en compañía de Jesús Sanz y Juan Helguera) había acometido en tantas ocasiones el empeño editorial de desentrañar las claves históricas del atraso económico de Castilla y León.

Para muchos historiadores y economistas de la región, representó el enlace, el trampolín y la llave para acceder a entornos académicos en Madrid, Barcelona u otras Universidades que, antes de su llegada a Valladolid, estaban fuera de su alcance. De hecho, trajo la disciplina a este suelo organizando, en 1995, el III Congreso de Historia Económica en Segovia. Invitó durante años a participar en actos académicos en tierras castellanas a los historiadores económicos de más prestigio, en su condición de secretario de la UIMP en Segovia, director de la Universidad de Verano de Castilla y León, responsabilidad que le confió Josefa Eugenia Fernández Arufe, entonces consejera de Educación de la Junta de Castilla y León, y amiga hasta el fin de sus días, o de los cursos de verano de la Fundación Duques de Soria.

Nunca perdió el contacto con estos colegas de otras universidades, ni se convirtió en un sátrapa (a pesar de que él hablara en broma de su «Satrapía del Pisuerga») de provincias acomodado en su prestigio. Fue un historiador económico que mantuvo su proyección y liderazgo nacional, sobre todo en Historia Agraria, cuya contribución al conocimiento de esta disciplina es incontrovertible. No en balde, él fundó –junto con su íntimo amigo Ramon Garrabou– la Sociedad Española de Historia Agraria, cuyo IX Congreso organizó en Aguilar de Campoo (Palencia) en 2007. Allí tuvo la oportunidad de mostrar de manera entusiasta, en sus propias palabras, «la cuna de Castilla» a sus buenos amigos como el mencionado Ramon, a Rosa Congost, Isabel Alfonso, Domingo Gallego o José Miguel Martínez Carrión. Ángel también divulgó su saber en el extranjero. Bromeaba frecuentemente sobre su viaje a Moscú junto con Vicente Pérez Moreda. Viajó a Amberes, donde expuso sus teorías sobre el desarrollo económico castellano durante la Edad Moderna. A la vuelta, tuvo serios problemas para meter en el avión una pica de Flandes que traía como recuerdo. La historia de México (en especial, el movimiento cristero) le fascinaba, por lo que disfrutó mucho de su viaje a ese país, de donde volvió –nada menos– que cargado con una espada del ejército del emperador Maximiliano. En su despacho en la Facultad colgaban muchos mapas de esquileos, pero un solo retrato: el de Emiliano Zapata, el revolucionario que quiso devolver a Morelos el viejo orden en el disfrute de la tierra. Pero, sobre todo, Ángel García Sanz amó a Italia. Allí disfrutó de dilatadas estancias académicas, en compañía de su amigo Ramon Garrabou, y de sus familiares. Siena, Prato, Florencia, Roma. Allí, en Ferrara, cultivó la entrañable y profunda amistad con Franco Cazzola. Cayó rendido ante la historia del fascismo. Pero –sobre todo– la historia de Italia le ayudó a entender la de España. Y así lo transmitió a sus discípulos, al punto de obligar a leer a los alumnos de doctorado *El Gatopardo*, su libro de ficción preferido.

De su ayuda también se beneficiaron investigadores no vinculados a la Universidad de Valladolid. Bastaba talento, oficio y humildad para obtener su respaldo. Tal fue el caso de Carmen Sarasúa –que le tiene por su maestro–, Rafael

Domínguez, Carmen García, Emilio Pérez Romero o Miguel Santamaría, por citar algunos de los más cercanos.

Era un docente amable, documentado, didáctico e histriónico excelente. Cautivaba de inmediato a los alumnos con su ironía, su sabiduría y la provocación como arma docente. Le encantaba su trabajo, al que dedicó todas sus energías. El último curso de su vida –ya gravemente enfermo– impartió cinco asignaturas de grado. Jamás se redujo ni una hora de las que tenía derecho por acumular el máximo de tramos de investigación. En ocasiones relevó a los doctorandos de la onerosa tarea de cuidar un examen al grito de «vete a hacer la tesis». Acostumbraba a suspender inicialmente a bastantes alumnos. Pero con la sana intención de conocerlos personalmente en las revisiones de los exámenes, averiguar su origen por los apellidos, recriminarles jocosamente por algún error y aprobarlos finalmente. «Yo te apruebo, pero te suspenderá la vida si no cambias», sentenciaba.

Ángel García Sanz es reconocido principalmente por su colosal obra en Historia Agraria. Su tesis doctoral sobre el desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Segovia tuvo un impacto historiográfico de tal dimensión que todavía hoy es un referente para quienes realizan trabajos similares en España y América. A decir verdad, pocos libros han superado a aquella obra magistral publicada por la editorial Akal. En ese trabajo, Ángel evidenció su maestría, su habilidad para explicar realidades económicas muy complejas de manera simple, haciendo gala de un español impecable, los recursos estadísticos imprescindibles y un arsenal documental colosal. Los archivos eran para él un santuario. Mostró de nuevo esa destreza en el relato de la primera reforma agraria liberal, fruto de su talento y de las enseñanzas recibidas de Miguel Artola y Francisco Tomás y Valiente, o en la menos conocida caracterización de la política agraria ilustrada. Con cuatro trazos describió una de las causas de la crisis del Antiguo Régimen en España: el declive de la ganadería lanar trashumante. Nadie como él conocía la Mesta y su naturaleza institucional. Si acaso, uno de los amigos más queridos con quien compartió también su amor al idioma: Emilio Pérez Romero.

Esa misma habilidad de hacer simples y accesibles realidades extraordinariamente complejas la demostró en el estudio de la Hacienda. Adquirió del trabajo con los documentos un conocimiento del sistema impositivo en la Corona de Castilla que compartió con sus amigos Piero Tedde, Alberto Marcos y Francisco Comín, así como con Felipe Ruiz Martín, don Felipe. Ya fallecido Ángel, y sabedor de que seguramente lo habría impartido en clase, Javier Moreno preguntó a sus alumnos en un examen por la Hacienda en la España del xvi. Tuvo que duplicar el tiempo y el espacio que los alumnos podían dedicar a responder. Y eso por no mencionar el conocimiento desplegado por los alumnos para responder a la segunda pregunta: la política económica en la dictadura de Primo de Rivera, otra de sus querencias.

Gracias –en buena medida– a ese dominio histórico de la Hacienda, Ángel García Sanz supo ponderar los logros reales del dominio español que compartió con colegas de la talla de John Elliot, Joseph Pérez o Josep Fontana. Su sentencia, en el imperio de Felipe II «no se ponía el sol... ni el hambre», glosa, una vez más, con extraordinaria sencillez, sus averiguaciones. Acostumbraba a referirse en las clases, en las intervenciones académicas, en las tertulias, a esas villas castellanas (Medina de Rioseco, Nava del Rey, Paredes de Nava...) ahora despobladas, con

su enorme caserío y sus torres parroquiales altivas, como testigos de la opulencia castellana, pero también de su miseria; de antes y de ahora.

En Segovia, su lugar preferente de investigación, contó con el apoyo y cariño de diferentes archiveros, en especial, por ser estos valedores de sus primeros pasos investigadores, siempre mencionaba a don Hilario Sanz y Sanz, canónigo archivero de la catedral, y a doña Manuela Villalpando Martínez, archivera del Archivo Histórico Provincial de Segovia. En los cursos de verano para historiadores, Ángel enseñaba a trabajar a sus alumnos en estos archivos.

Su inmensa aportación a la historia agraria no debe ocultar la relevancia de sus trabajos sobre la historia industrial. La importancia de la pañería de Segovia le llevó a sumergirse en la historia de la manufactura textil en esa ciudad, de la que tanto nos enseñó sobre sus mercaderes hacedores de paños y su función empresarial. Dejó múltiples estudios sobre la pañería segoviana, esclarecedores de las condiciones de producción de tejidos y de su comercialización, escapando a las herméticas caracterizaciones de manual sobre el *verlagssystem*, cuya proyección intelectual (como demuestra el cariño y consideración intelectual que le procesaban Jordi Nadal, Josep María Benaul o Xoán Carmona) superó los límites regionales. Y también los lindes cronológicos, como muestra el afecto (mutuo) que sintió por Paulino Iradiel, José Luis Martín o Miguel Ángel Ladero Quesada. Lamentablemente, su muerte le impidió culminar una obra monumental sobre la industria segoviana, para la que acopió una alta montaña de información documental y pergeñó las líneas maestras interpretativas, que legó a su discípulo Ricardo Hernández, que se encargará de completar la obra.

La reconstrucción de la Historia Económica de Castilla y León no se explica de manera «ponderada y completa» –parafraseando al mencionado profesor Nadal– sin la obra y aliento intelectual de Ángel. Sus contribuciones rebasaron la Edad Moderna, siempre de la mano de Jesús Sanz. En sus trabajos, midió la dimensión de la dolorosa decadencia de la región de manera concluyente y sencilla, una vez más, haciendo uso de indicadores demográficos, una disciplina que dominaba y respetaba. Su investigación no conocía barreras temporales y supo también sopesar los logros industriales de Valladolid a comienzos del siglo xx, en un trabajo poco conocido conmemorativo del 75.º aniversario de la Escuela de Peritos Industriales. Pero –sobre todo– y desde todas las tribunas denunció la indolencia de los responsables políticos y de los empresarios, incapaces de detener la sangría de población que padecía la región. Los gobiernos de Juan José Lucas y José María Aznar le irritaron especialmente. Al primero le dedicó unos dardos en la prensa mucho más agudos que los que le lanzaba la oposición política. Por no mencionar sus «tomahawks», artículos suyos en la prensa, luego enviados, en cartas primero y en correos electrónicos después, a Josep Fontana, Ricardo Robledo, Vicente Pérez Moreda, Francisco Comín o Francisco Fernández Buey, en los que se recreaba en la denuncia de la impostura de nuestros gobernantes y empresarios o en el pasado franquista de algunos de ellos, por citar algunos de sus temas preferidos.

Ángel García Sanz fue pionero en el estudio de los niveles de vida, incluso mucho antes de que el debate sobre el impacto sobre los niveles de bienestar de la Revolución Industrial suscitase el interés de los historiadores británicos. A fecha de hoy, no hay cálculo más sofisticado de presupuestos campesinos que los que él estimó. Otro tanto sucedió con su precursor estudio sobre el comercio exterior, indagaciones que prosiguió Leandro Prados de la Escosura, otro

de los colegas a los que Ángel tuvo siempre en gran estima. Ambos trabajos los publicó en la revista del CUNEF, donde Ángel también ejerció su magisterio. Lo mismo habría que decir de la utilización de las series de diezmos para estimar la producción agraria, hecho que recientemente han recordado, en un brillante artículo que han dedicado a su memoria, el propio Leandro Prados de la Escosura y Carlos Álvarez Nogal.

Ángel García Sanz, un modernista de formación, cultivó también el estudio de la Segunda República. Lo que comenzó como un entretenimiento sin más pretensión que conocer lo sucedido en su ciudad en esos años y en los de la Guerra Civil, acabó por convertirse en una pasión. Dejó inconclusa una obra muy ambiciosa intelectualmente, como las que acostumbraba a emprender: la de identificar el origen familiar y patrimonial de los prebostes locales en ese período para demostrar que procedían de quienes ostentaban el poder local en el siglo XVIII. Y constatar la misma hipótesis en lo que a la propiedad de la tierra concierne. Ocupado en esas tareas transcurrieron sus últimos meses de vida, rodeado de fotocopias de amillaramientos, censos de población y de artículos de *El Adelantado de Segovia*, cuando las clases se lo permitieron.

Simultaneó esta investigación con otra no menos apasionante: la reconstrucción de la historia del vino de la Ribera del Duero. Tuvo por retiro estival la casa de su pueblo, donde permanecía hasta el comienzo de las clases, poco después de su cumpleaños que gustaba celebrar durmiendo en la misma cama en la que nació. Recorrió los archivos parroquiales, anotando los diezmos del vino. Visitó las viejas bodegas. Departía con sus paisanos sobre la cuestión. Allí documentó el paradigmático trabajo sobre su localidad natal –Fuentelcéspedes– en la que reconstruyó la trayectoria generacional de sus vecinos, un ejercicio en la vanguardia dentro de la Demografía Histórica que Ángel hizo como un mero ejercicio de gratitud al lugar donde nació y donde su familia esparció sus cenizas.

La Asociación Española de Historia Económica reconoció su extraordinaria contribución al desarrollo de la disciplina otorgándole el premio Trayectoria en 2015, pocos meses antes de fallecer, premio que recogió su hijo mayor justamente en el CUNEF de Madrid, donde él impartió clase. Este galardón lo recibieron entre otros y antes que él Jordi Nadal, Gabriel Tortella, Josep Fontana y Gonzalo Anes. De hecho, fue el premiado más joven en el momento de su concesión.

Ángel García Sanz escribió en las editoriales y revistas más prestigiosas del país. Pero también quiso hacerlo en lugares de menos prosapia, sea por modestia intelectual o por respaldar una iniciativa editorial, como hizo con la revista de la Facultad de Ciencias Económicas de Valladolid. Gran parte de su obra –igualmente valiosa– se encuentra en revistas locales o en libros homenaje a compañeros de carrera o amigos. En esos trabajos esbozó con la maestría que le era propia los logros del capitalismo agrario, por citar una de sus grandes aportaciones historiográficas. Algunos de esos trabajos –junto con otros más conocidos– fueron incluidos en la antología de su obra publicada recientemente por Crítica, a la que contribuyeron decisivamente Vicente Pérez Moreda y Ricardo Robledo, antología que prueba la agudeza de su juicio, la meticulosidad, lo didáctico de su argumentación y su mimo al idioma. Su genialidad y oficio, en suma. En esa obra, además, hay una biografía intelectual y una bibliografía casi exhaustiva de las publicaciones de nuestro homenajeado.

Quisimos, en agradecimiento por todo ello, rendir homenaje a su persona con la celebración de un modesto seminario en su patria chica, con el apoyo del Ayuntamiento de Segovia y de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, al cumplirse el año de su muerte, en 2015. Reunimos a sus mejores amigos, para homenajear a su persona y a su colosal obra, con la presentación de textos inéditos que abundasen en las pasiones investigadoras que antes referíamos: la industria textil, la demografía, las reformas agrarias, la ganadería, la Hacienda, los niveles de vida o la Segunda República. La escasez de medios nos impidió reunir a más amigos, muchos de los cuales se sumaron al homenaje.

Este volumen reúne las aportaciones allí presentadas, a las que se han unido otras de autores que, por diversos motivos, no pudieron acudir. Todos los trabajos son inéditos salvo tres que, por su extraordinaria valía, hemos querido rescatar. Incluimos justamente un trabajo de Ángel García Sanz, escrito junto con su gran amigo y paisano Vicente Pérez Moreda. Se trata, de hecho, de su primera publicación, fechada en 1972, sobre la evolución de la población de Villacastín –y sus causas económicas y sociales– durante toda la Edad Moderna. De Ramon Garrabou, cofundador de la Sociedad Española de Historia Agraria junto con Ángel García Sanz, hemos recuperado un viejo texto publicado en la revista *Papeles de Economía Española* porque contextualiza y ayuda a comprender las aportaciones sobre las reformas agrarias aquí incluidas. El texto de Antonio Escudero –originariamente editado en francés– incide en un aspecto –la competitividad exterior de la economía española– tema al que, como señalábamos, Ángel García Sanz tenía particular querencia.

Entendemos que los trabajos de este volumen –que incluye una valiosa reflexión de Josep Fontana, gran amigo del homenajeado–, atienden a esas inquietudes investigadoras que Ángel García Sanz, uno de los padres de la Historia Económica en España y responsable por sus aportaciones de su vigor en nuestros días, cultivó con gran destreza. Es más, abundan en una de sus grandes pasiones –la historia de Italia– gracias muy especialmente al texto de su gran amigo Franco Cazzola.

El volumen recoge también los mejores artículos de un libro nonato cuya edición promovió Ángel para finalmente, por diferentes motivos, descartar la idea de publicarlo. Este libro –pues– tiene mucho de suyo.

Hemos ordenado los textos conforme a esas inquietudes tuyas a que antes aludíamos. Josep Fontana abre el volumen con una reflexión sobre el pasado de Europa en los tiempos más recientes y turbulentos. A renglón seguido, figuran los trabajos que versan sobre la demografía, el nivel de vida, con el de la autoría del homenajeado compartida con Vicente Pérez Moreda al que antes hacíamos referencia, texto que conserva su frescura y valor. En las tesis ahí expuestas abunda el trabajo de Emilio Pérez Romero. José Miguel Martínez Carrión mide las diferencias en el bienestar en España con Italia –el país que le era tan querido a Ángel– empleando indicadores antropométricos.

Era obligado incluir en esta monografía estudios sobre la industria textil, a cuyo conocimiento nuestro homenajeado tanto contribuyó. Y no solo de la lanera. Carmen Sarasúa se ocupa de los intentos ilustrados de modernización de la sedera. Similar aliento persigue Juan Helguera, pero ocupándose de las manufacturas reales en tierras castellanas. Ricardo Hernández se ocupa de la desindustrialización de este espacio por culpa de la agonía de la tejeduría, a

la que sobrevivieron pocos núcleos en la España interior, entre ellos Ezcaray, en cuyo análisis se detiene Josep María Benaul. El texto de Antonio Escudero diversifica la perspectiva de análisis del sector secundario evaluando la controvertida competitividad de la siderurgia.

Franco Cazzola –que abre el apartado dedicado a la Hacienda– plantea en su trabajo las relaciones entre los recursos naturales (en concreto los hidráulicos) y la fiscalidad en Italia. Alberto Marcos examina las instituciones concernidas en la recaudación de tributos en la Edad Moderna. Finalmente, Francisco Comín examina el secular problema que representó el endeudamiento público desde comienzos del siglo XIX a nuestros días.

Las aportaciones de Ángel García Sanz a la reforma agraria liberal son glosadas por Piero Tedde en el siguiente capítulo. Ricardo Robledo ofrece también un ejercicio historiográfico, aunque para la reforma agraria de la Segunda República. Ramon Garrabou explicita en su trabajo los condicionantes de la política agraria implementada en el siglo XIX. En ese mismo aspecto incide la aportación de Javier Moreno.

Atendiendo al respeto que profesaba Ángel a los estudios medievales (y al cariño hacia su persona) hemos incluido el trabajo de Isabel Alfonso sobre las concesiones forales. Este texto abre el bloque dedicado al uso de la tierra y sus costes. Jesús Sanz examina justamente el empleo de este recurso natural en Castilla y León en las dos últimas centurias. Carlos Barciela homenajea a Ángel García Sanz con un estudio específico sobre las explotaciones agrarias segovianas en la segunda mitad del siglo XX. Manuel González de Molina lo hace con un estudio sobre la ganadería, un ejercicio no menos pertinente. Cierra el capítulo una reflexión de José Manuel Naredo sobre la relación entre los recursos naturales, el crecimiento económico y el bienestar.

Por último, hemos querido dar cumplida muestra de la pasión de Ángel García Sanz por la Segunda República, la Guerra Civil y la posguerra con dos trabajos: el de Santiago López, que relata las tribulaciones del gobernador militar de Salamanca durante el conflicto. Y el de Emiliano Fernández de Pinedo, que matiza la hipotética religiosidad de la España de la autarquía.

Como antes indicamos, Ángel estuvo vinculado a las Universidades de Salamanca, Valladolid, Complutense y Autónoma de Madrid. Pero, desde luego, la primera de ellas –su *alma mater*– fue la que más quiso. Hemos querido, por ello, que la Universidad de Salamanca editase este trabajo. Queremos agradecer profundamente la receptividad mostrada por esta institución hacia este proyecto editorial tan entrañable y la ayuda prestada por Ricardo Robledo.

Francisco Comín Comín, Ricardo Hernández García y Javier Moreno Lázaro

LA PRIMACÍA DE EUROPA

JOSEP FONTANA

Aquellos pañeros incapaces, cubiertos de privilegios, hicieron de la ciudad de Segovia una gran fábrica dispersa donde se sufría, se trabajaba de las 5 de la madrugada hasta la puesta de sol, e incluso alargaban la jornada mediante candiles de aceite y cera.

Ángel García Sanz

EN LA LARGA FASE DE ASCENSO del imperialismo europeo nunca pareció necesario justificar la legitimidad de su dominio del mundo. Rudyard Kipling lo había idealizado en 1899 en *The white man's burden*, donde glorificaba la «carga del hombre blanco» que había asumido la generosa tarea de cuidar del bienestar de estos pueblos de color, «mitad demonios, mitad niños», sin esperar la gratitud de ellos. Cuando, tras la Primera Guerra Mundial, en la conferencia de París de 1919, los pueblos asiáticos, por boca de Japón, que acudía como uno de los vencedores, reclamaron que se reconociera la igualdad racial en la constitución de la Sociedad de Naciones, consiguieron un voto mayoritario de los reunidos, pero hubieron de ver cómo el presidente norteamericano Woodrow Wilson, que era un ardiente defensor de la superioridad de la raza blanca, lograba que se anulase. La Sociedad de Naciones, encargada de tutelar los territorios coloniales, se ocuparía en realidad de asegurar el reparto del mundo entre las potencias imperiales europeas, a las que ahora se añadieron Japón y Sudáfrica¹.

Fue después de la Segunda Guerra Mundial, tras la quiebra de los imperios, cuando comenzaron las denuncias acerca de la legitimidad del enriquecimiento

1. Pedersen (2015); Mishra (2012).

uropeo², que los historiadores empezaron a investigar el caso de este «excepcionalismo», con el propósito de explicar, y sobre todo justificar, el hecho de que los países de «occidente» se hubieran enriquecido, mientras los otros seguían siendo pobres.

Sería prácticamente imposible pasar revista a la gran cantidad de hipótesis que se expusieron para dar explicaciones «legítimas» de esta superioridad. Las hubo que se basaban en ventajas naturales, como la disponibilidad de carbón mineral³, en la superioridad de la «civilización occidental»⁴, entre muchas otras, algunas tan singulares como la que se basaba en el uso del vidrio, que «transformó la relación de la humanidad con el mundo natural» y «cambió el sentido de la realidad, privilegiando la visión sobre la memoria y sugiriendo nuevos conceptos de prueba y de evidencia», todo lo cual habría dado una ventaja indiscutible a Occidente sobre las civilizaciones miopes de Oriente⁵.

Una de las que ha recibido mayor atención se basa en la superioridad europea en la tecnología militar y naval, de los cañones y las velas, que habría sido el fundamento de sus éxitos en la conquista de los mercados asiáticos⁶. Un argumento que Philip T. Hoffman ha completado, añadiéndole la consideración de la importancia que tuvo el perfeccionamiento del arte de la guerra por la frecuencia de los conflictos entre los Estados europeos, que permitió crear «estados que podían movilizar un enorme volumen de recursos para la guerra a bajo coste político»⁷.

Una de las interpretaciones con más carga legitimadora era la que fundaba el éxito europeo en una «virtud» moral como el matrimonio tardío, que daba lugar a una demografía menos expansiva y, en consecuencia, dejaba más recursos para la inversión⁸. Una variante más elaborada, relacionada con las teorías de la «pequeña divergencia», sostiene que en la región del Mar del Norte –Holanda e Inglaterra– se produjo, desde los últimos tiempos de la Edad Media, un cambio en la concepción del matrimonio que pasó de ser un «negocio» decidido por la familia a una decisión tomada por la pareja, debido a la influencia de la Iglesia, por un lado, pero también a otros factores, en especial a la oportunidad por parte de las mujeres de encontrar trabajo asalariado. Cuando en el siglo XVI los salarios bajaron, la necesidad de utilizar el trabajo de las mujeres confirmó esta tendencia a retrasar el matrimonio y controlar el número de los hijos⁹.

Otro grupo de explicaciones asocia la superioridad occidental a su avance en el terreno de la formación del Estado moderno, que sería la base de un «milagro europeo» surgido de «decisiones políticas tomadas en un entorno natural favorable»¹⁰. Lo cual provoca una serie de confusiones, tanto por la dificultad de

2. Rodney (1972).

3. Wrigley (2010).

4. Landes (1999). Una crítica a su planteamiento en Stokes (2001).

5. Macfarlane y Martin (2002: 18); también Frugoni (2001).

6. Una idea que procede de Cipolla (1965), en la que ha insistido Crosby (2002). Crosby (1986 y 1998) había escrito con anterioridad sobre el imperialismo ecológico y sobre las ventajas de la difusión de la cuantificación. Sobre la brutalidad de la conquista, Crowley (2015).

7. Hoffman (2016).

8. Para limitarme a algún ejemplo: McNeill (1996); Powelson (1994).

9. De Moor y Van Zanden (2010).

10. Jones (1981).

definir en qué consiste exactamente el «Estado moderno», como por el hecho de que una aproximación a la historia comparada de los Estados de Europa y de Asia revela más paralelismos que divergencias¹¹.

De estas interpretaciones surgió un debate acerca de los excesos del eurocentrismo en que intervinieron, en sentidos opuestos, Immanuel Wallerstein, con la secuencia de los tres volúmenes sobre «el moderno sistema mundial» y André Gunder Frank, quien en *ReOrient* proponía girar del todo la visión eurocéntrica de la historia para examinar «lo que pasó en el mundo, en su totalidad», tomando en cuenta, en especial, lo que había sucedido en los principales países de Asia¹².

Las cosas empezaron a cambiar cuando, siguiendo este tipo de estímulos, se adoptó una perspectiva de historia comparada y se hicieron intentos de cuantificación, lo cual llevó a la conclusión de que la superioridad europea no databa de más allá del siglo XVIII, y se comenzó a asociarla al inicio de la Revolución industrial¹³.

Pero el impulso más importante para un cambio de perspectiva vino de Kenneth Pomeranz, que hizo una propuesta decidida de análisis comparativo para explicar las diferencias entre los crecimientos de Europa y de China. Esto sirvió de estímulo para toda una serie de trabajos de investigación sobre la «gran divergencia» –combinados con otros sobre la «pequeña divergencia» que se habría producido en el interior de cada uno de los dos bloques de Europa occidental y de Asia oriental– que resultaría imposible sintetizar aquí¹⁴.

El resultado más interesante de esta corriente ha sido que ha llevado a revalorizaciones de la historia de China, Japón, India y del Oriente próximo, que analizan la naturaleza del desarrollo económico que tuvo lugar en estos escenarios con anterioridad a la Revolución industrial. Los historiadores indios han reivindicado la importancia de su desarrollo industrial autóctono, los japoneses han comparado su evolución con la de Occidente y los investigadores que se ocupan de China llegan a conclusiones tan sorprendentes como esta: «El imperio Qing (1644-1911), la economía nacional más grande del mundo antes del siglo XIX, triplicó la población durante los siglos XVII y XVIII sin signos de disminución del ingreso per cápita. En algunas regiones el nivel de vida puede haber alcanzado niveles comparables a los de las regiones avanzadas de Europa Occidental»¹⁵.

Estas revisiones, sin embargo, suelen llegar a una misma conclusión: esta paridad en el desarrollo económico terminó con la Revolución industrial, que dio la primacía a Gran Bretaña, convertida entonces en «la fábrica del mundo», en una evolución que seguirían otras potencias europeas.

Esta interpretación que da a la Revolución industrial británica un papel explicativo fundamental adolece, sin embargo, del fallo de no haber prestado

11. Lieberman (1999 y 2003).

12. Wallerstein (1998).

13. Bairoch (1981 y 1997). Contrariamente a Bairoch, Maddison (2004) sostenía que la ventaja europea se había iniciado mucho antes, tal vez a fines de la Edad Media; pero, como es sabido, Maddison maneja las cifras globales con una cierta ligereza. Rosenberg y Birdzell (1986).

14. Pomeranz (2000); Williamson (2012). Uno de los grupos de investigadores más importantes en esta línea de trabajo es el de la llamada «escuela de California», sobre la cual pueden verse Goldstone (2001 y 2015) y Duchesne (2008).

15. Cito, respectivamente, Parthasarathi (2012), Sato (2015) y Brandt, Ma y Rawski (2012).

suficiente atención a la complejidad de sus orígenes, y muy en especial al hecho de que, para que Gran Bretaña se convirtiera en «la fábrica del mundo», fue necesario haber creado primero un mercado mundial en el que pudiera colocar sus productos.

Para comprender cómo se ha formado este mercado hay que acudir a estudiar los flujos que lo han creado, las compañías de mercaderes que se desarrollaron en una relación simbiótica con sus Estados, a los que proporcionaban ingresos, a través de los aranceles y los impuestos, y crédito a cambio de protección. Lejos de ser los «Estados modernos» los que han dado origen a los grandes negocios de tráfico intercontinental, realizados habitualmente por compañías, han sido el tráfico y los comerciantes los que han contribuido a fortalecer los Estados, a la vez que establecían con ellos los pactos políticos que convenían a sus intereses¹⁶.

Más que analizar sus orígenes institucionales me interesa poner de relieve la naturaleza de estos tráficos, que se basaron generalmente en la disponibilidad de alguna mercancía con una amplia demanda, que podían obtener a precios ventajosos porque procedía de la explotación del trabajo forzado.

La primera de estas mercancías, que fue fundamental para el establecimiento del mercado mundial, fue la plata, que los españoles obtenían en las Indias con una fuerza de trabajo que combinaba la compulsión —«Presupuesta la repugnancia que muestran los Indios en el trabajo, no se puede excusar el compelerlos»— con formas de integración forzada en el mercado de trabajo, sacándolos de sus economías de subsistencia con la merma de sus tierras o con las exigencias de pago de tributos en dinero. El tesoro de las Indias no eran la plata y el oro, sino el trabajo a bajo coste de las masas indígenas que las condiciones vigentes en las sociedades inca o azteca hicieron fácil explotar¹⁷.

El comercio internacional de intercambio de plata por productos asiáticos aumentó considerablemente en el siglo XVII, a medida que se consolidaban las redes comerciales inglesas y holandesas: los metales preciosos que exportaban los holandeses pasaron de una cifra anual de unos tres millones de reales de a ocho en 1600 a cerca de seis millones hacia 1700¹⁸; la East India Company inglesa pasó de exportar a Oriente 292 toneladas de plata fina en los años 1660-1680 a 1.070 toneladas en 1721-1740. A cambio de la plata traían de Asia pimienta, especias y tejidos.

Pero la expansión del comercio no hubiese podido proseguir si se hubiese mantenido en esta misma línea, porque la provisión de plata no podía seguir creciendo indefinidamente. A mediados del siglo XVIII, en 1751-1752, las importaciones de Oriente habían comenzado a caer (se mantenían sobre todo las de tejidos y de té), cediendo el primer lugar a otras procedentes de América, como el azúcar y el café. El té y el café, cuyo consumo se extendió rápidamente por Europa, crearon una considerable demanda de azúcar, una mercancía que se podía producir ventajosamente en las islas del Caribe, en grandes plantaciones

16. Para Inglaterra, Brenner (1993), Carruthers (1999), Zahedie (2010) y Robins (2012). Para Holanda, Gelderblom (2009 y 2011). Una visión distinta, que no puedo considerar aquí, sobre la relación entre Estados y crecimiento en Hough y Grier (2015).

17. Como lo ilustra Sempat Assadourian (1979). Para una etapa posterior, Tandeter (1992).

18. Attman (1983: 97 y 103).

explotadas con mano de obra esclava, lo que explica que el aumento de su producción coincida con el auge de la exportación de esclavos africanos por el Atlántico, que en la segunda mitad del siglo XVIII llegó a cerca de cuatro millones (3.934.600)¹⁹.

Unos esclavos que eran la base indispensable para consolidar la expansión colonial europea que convirtió el mundo tropical en una inmensa plantación que permitía obtener a bajo precio, con trabajo forzado, una serie de productos «coloniales» o «ultramarinos» (azúcar, café, tabaco, algodón...) que sirvieron de fundamento a la ampliación del mercado mundial que hizo posible el crecimiento económico moderno. El coste del trabajo era la base de este auge. Un hombre como Montesquieu, que había escrito que «la esclavitud va contra el derecho natural por el que todos los hombres nacen libres e independientes», sostenía en cambio que «el azúcar sería demasiado caro si no se hiciera trabajar la planta que lo produce por medio de esclavos»²⁰.

El azúcar era prácticamente desconocido en Europa hacia 1500, donde se utilizaba como medicina. Pero a lo largo del siglo XVIII se convirtió en la mercancía más importante del comercio internacional. La producción americana de azúcar, que era en 1700 de unas 57.000 toneladas, había pasado en 1787 a 287.000, en unos momentos en que apenas comenzaba la producción en Cuba, dedicada entonces mayoritariamente al tabaco²¹.

En 1800 el azúcar era un elemento esencial del consumo de las clases medias europeas, al tiempo que se estaba convirtiendo, a través de su uso asociado al del café y el té, en un importante proveedor de calorías para los trabajadores. Pronto se iba a sumar al azúcar una tercera mercancía, procedente también de la plantación esclavista: el algodón. Hacia 1800 la producción de azúcar, tabaco y algodón en las plantaciones americanas consumía unos 250 millones de horas de trabajo esclavo.

El cambio más trascendental de esta nueva etapa sería la complejidad de las relaciones que se iban a establecer, muy lejos de la vieja imagen de un tráfico que llevaba plata de Europa a Asia y traía de vuelta especias y tejidos. Un ejemplo a escala micro permite ilustrar esta transformación²².

A mediados del siglo XVIII seis comerciantes de Londres compraron una isla cerca de la desembocadura del río de Sierra Leona y establecieron una factoría, con un recinto amurallado, árboles que proporcionaban madera para la reparación de embarcaciones y cultivos de verduras y frutas para alimentar a los residentes. Era un lugar ideal para guardar los esclavos que compraban en territorios cercanos y que vendían sobre todo a plantadores de América, habitualmente a crédito, reservando las mejores «piezas» para sus propias plantaciones. En la misma isla recibían los productos que intercambiaban por los esclavos –no hay que olvidar que la trata es también un negocio africano–²³ y que llevaban en embarcaciones de la propia compañía: tejidos de la India, armas y objetos

19. Eltis y Richardson (2010: 23) y Bugner (2008).

20. Montesquieu, *De l'esprit des lois*, XV, 5.

21. Blackburn (2010: 403), Ortiz (1973), Pérez de la Riva, (1944) y Moreno Fragnals (2001).

22. Hancock (1995).

23. Sparks (2014).

metálicos (productos suecos o de la industria británica), bebidas alcohólicas, azúcar y tabaco de América.

En la factoría llegó a haber permanentemente hasta 35 blancos y 142 esclavos que vivían fijos en ella y hacían trabajos de carpinteros, herreros o albañiles. Un botánico sueco que pasó por la isla en 1773 se admiró al ver aquellos europeos vestidos con ropas blancas de algodón importadas de la India, que jugaban al golf, asistidos por *caddies* negros que vestían ropas de lana producidas cerca de Glasgow, en la fábrica de uno de los asociados. Después de jugar fueron juntos a cenar y, en la sobremesa, bebieron vino de Madeira y fumaron tabaco de Virginia.

De 1748 a 1784 se desarrolló en torno a la isla un complejo de negocios que incluía una flota que comerciaba en la India, en el oeste de África y en el Caribe, plantaciones en América, comercio de esclavos y actividades financieras, tanto de crédito a los plantadores americanos que les compraban esclavos, como en contratos de abastecimientos militares para el Gobierno inglés en sus guerras europeas.

No menciono el caso porque sea importante cuantitativamente –esta factoría exportó unos 13.000 esclavos, una cantidad insignificante frente a las cifras globales del África atlántica en estos años–, sino porque muestra la naturaleza de las transformaciones que se estaban produciendo.

Inicialmente el negocio de estos hombres era esencialmente comercial; pero su capacidad de adaptarse a una demanda en rápida transformación les llevó a diversificar sus actividades. Primero fue la demanda creciente de café y de azúcar la que les hizo implicarse en las plantaciones americanas. Después descubrieron que los tejidos de algodón estampado no sólo tenían demanda en Europa, sino que eran ideales para vender en la mayor parte de los mercados del área tropical del mundo, donde podían usarse para pagar las importaciones de productos locales.

Como la fibra de algodón se podía obtener también en las plantaciones americanas, en tierras que no eran aptas por su clima para el café, el tabaco o el azúcar, completaron el ciclo en una relación cuadrangular en la que ellos vendían esclavos a los plantadores norteamericanos; les compraban un algodón que se hilaba y tejía en Inglaterra, y llevaban los tejidos no sólo a los mercados africanos, sino incluso a la misma India.

Esta historia épica de industriales, armadores, traficantes de esclavos o plantadores tiene otra paralela, mucho menos conocida, que nos habla de la respuesta de resistencia y de revuelta por parte de esclavos, marineros, piratas, trabajadores de fábrica y campesinos europeos a los que se les arrebatában en aquellos tiempos las tierras comunales. Es la historia de la lucha de los rebeldes de la que nacería la gran amenaza que obligó a liquidar la esclavitud y que creó el gran miedo a las masas que se difundió en la sociedad europea de los últimos años del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. Un gran miedo, alimentado por la Revolución francesa, del que nació el Estado moderno²⁴.

Volvamos, sin embargo, al escenario de este comercio que transformó el mundo. Un libro reciente, *El imperio del algodón*²⁵ reconstruye la historia de esta

24. Linebaugh y Rediker (2005) y Zamoyski (2015).

25. Beckert (2016).

«mercancía global» que permite enlazar la expansión del mercado mundial con el desarrollo de la Revolución industrial, puesto que sirvió de fundamento para la creación de la que iba a ser la industria más importante del mundo hasta 1900, cuando ocupaba, de forma directa o indirecta, a millones de personas (un 1,5 por ciento de la población mundial).

Desde el observatorio privilegiado de Manchester, Sven Beckert nos explica cómo, en el transcurso de unos ochenta años, de finales del siglo XVIII hasta alrededor de 1860, los comerciantes británicos llevaron algodón en rama desde tierras remotas, lo hicieron hilar y tejer por sus trabajadores, y distribuyeron luego los tejidos por todos los mercados del mundo. Beckert observa además que esta historia del algodón desmiente las interpretaciones de la gran divergencia que hacen hincapié en la superioridad intelectual y moral europea. Gran Bretaña, la primera nación industrial, era «una nación imperial, caracterizada por enormes gastos militares, en un estado de guerra casi permanente, con una poderosa burocracia intervencionista, impuestos elevados, una deuda pública en rápido aumento y aranceles proteccionistas; y no era precisamente una democracia».

El ascenso de la industrialización británica se basó en el trabajo aportado por los esclavos en las plantaciones y por los trabajadores industriales en las «dark Satanic mills» que William Blake denunciaba en los primeros años del siglo XIX. Porque al lado de la plantación esclavista americana hay que situar el proceso de crecimiento industrial que se había desarrollado en Europa desde el siglo XVI, lo que De Vries denominó «la revolución industriosa», que no redundó en mejora de las condiciones de vida de los hombres y mujeres que aportaron su trabajo²⁶, como les ocurrió a los trabajadores segovianos que estudiaba Ángel García Sanz.

El mito que relaciona la superioridad de la industria textil británica con la introducción de innovaciones técnicas que habrían sido una consecuencia de la necesidad de hacer frente a los elevados salarios de los trabajadores se ha venido abajo cuando se ha tomado en cuenta la importancia que ha tenido la disponibilidad del trabajo mal pagado de mujeres y niños²⁷.

Desde los primeros planteamientos de Kuznets, seguidos por Van Zanden²⁸, y confirmados por los estudios de historia antropométrica²⁹, sabemos que el crecimiento económico europeo estuvo asociado desde comienzos de la Edad Moderna hasta por lo menos el último tercio del siglo XIX a un aumento de la desigualdad social.

En la historia de la primacía de Europa hay muchos tópicos que deben revisarse no sólo en cuanto se refiere a su relación con el resto del mundo, sino a la propia naturaleza de su crecimiento económico.

26. De Vries (2009), Van Zanden (1999) y Allen (2005).

27. Humphries (2013). E. H. Thompson explicaba que había aprendido acerca de la realidad de la industrialización conversando con los trabajadores del Yorkshire, que le contaron historias que habían oído de sus padres, como la de una época en que, habiendo prohibido la ley que trabajasen en las fábricas niños menores de siete años, estos seguían haciéndolo, de modo que, cuando un inspector llegaba a la fábrica, ponían a los niños en unas cestas y las subían hacia el techo.

28. Kuznets (1955) y Van Zanden (1995).

29. Floud, Wachter y Gregory (1990) y Floud (2011).

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, Robert C. *et al.*, eds. (2005), *Living standards in the past. New perspectives on well-being in Asia and Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2005.
- ATTMAN, Artur (1983), *Dutch Enterprise in the world bullion trade, 1550-1800*, Göteborg, Real Sociedad de Ciencias y Letras.
- BAIROCH, Paul, ed. (1981), *Disparities in economic development since the industrial revolution*, Basingstoke, Macmillan.
- BAIROCH, Paul, ed. (1997), *Victoires et déboires. Histoire économique et sociale du monde du XVI^e siècle à nos jours*, París, Gallimard.
- BECKERT, Sven (2016), *El imperio del algodón. El rostro oculto de la civilización industrial*, Barcelona, Crítica.
- BLACKBURN, Robin (2010), *The making of the New World slavery. From the baroque to the Modern, 1492-1800*, Londres, Verso.
- BLACKBURN, Robin (2011), *The American crucible. Slavery, emancipation and human rights*, Londres, Verso.
- BRANDT, Lorent; Ma, Debin y Rawski, Thomas G. (2012), «From divergence to convergence: re-evaluating the history behind China's economic boom», London School of Economics, Department of Economic History, enero de 2012.
- BRENNER, Robert (1993), *Merchants and revolution. Commercial change, political conflict, and London overseas traders*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BUGNER, Timothy R. (2008), «The slave trade's apex in the eighteenth century», en Toyin Falola y Kevin D. Roberts, *The Atlantic world, 1450-2000*, Bloomington, Indiana University Press, pp. 96-111.
- CARRUTHERS, Bruce G. (1999), *City of capital. Politics and markets in the English financial revolution*, Princeton, Princeton University Press.
- CIPOLLA, Carlo M. (1965), *Guns, Sails, and Empires: Technological Innovation and the Early Phases of European Expansion, 1400-1700*, Paperback.
- CROSBY, Alfred W. (1986), *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900-1900* (Studies in Environment and History), Nueva York, Cambridge University Press.
- CROSBY, Alfred W. (1998), *La medida de la realidad. La cuantificación y la sociedad occidental, 1250-1600*, Barcelona, Crítica.
- CROSBY, Alfred W. (2002), *Throwing fire. Projectil technology through history*, Cambridge.
- CROWLEY, Roger (2015), *Conquerors. How Portugal forged the first global empire*, Nueva York, Random House.
- DE VRIES, J. (2009), *La revolución industrial. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*, Barcelona.
- DUCHESNE, Ricardo (2008), «Peer Vries, the Great Divergence, and the California School: Who's in and who's out?», en *World History Connected*.
- ELTIS, David y Richardson, David (2010), *Atlas of the transatlantic slave trade*, New Haven, Yale University Press.
- FLOUD, Roderick; Wachter, Kenneth y Gregory, Annabel (1990), *Height, health and history. Nutritional status in the United Kingdom, 1750-1980*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FLOUD, Roderick *et al.* (2011), *The changing body. Health, nutrition, and human development in the western world since 1700*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FRUGONI, Chiara (2001), *Medioevo sul naso*, Roma, Laterza.
- GELDERBLOM, Oscar, ed. (2009), *The political economy of the Dutch Republic*, Farnham, Ashgate.
- GELDERBLOM, Oscar (2011), *Cities of commerce. The institutional foundations of international trade in the Low Countries, 1250-1650*, Princeton, Princeton University Press.

- GOLDSTONE, Jack (2001), «The rise of the West. Or not? A revision to socio-economic history», en *World History*, febrero de 2001.
- GOLDSTONE, Jack (2015), «The Great and Little Divergence: Where lies the true onset of modern economic growth?», Center for Global Policy, Woodrow Wilson Center, working paper.
- GUNDER FRANK, André (1998), *ReOrient: global economy in the Asian age*, Berkeley, University of California Press.
- HANCOCK, David (1995), *Citizens of the world: London merchants and the integration of the British Atlantic community, 1735-1785*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HOFFMAN, Phillip T. (2016), *¿Por qué Europa conquistó el mundo?*, Barcelona, Crítica.
- HOUGH, Jerry F. y Grier, Robin (2015), *The long process of development. Building Markets and states in pre-industrial England, Spain, and their colonies*, Nueva York, Cambridge University Press.
- HUMPHRIES, Jane (2013), «The lure of aggregates and the pitfalls of the patriarchal perspective: a critique of the high wage economy interpretation of the British industrial revolution», en *Economic History Review*, 66, pp. 693-714.
- JONES, Eric L. (1981), *The European miracle: environments, economies, and geopolitics in the history of Europe and Asia*, Cambridge, Cambridge University Press.
- KUZNETS, Simon (1955), «Economic growth and economic inequality», en *American Economic Review*, XLV, n.º 1, pp. 1-28.
- LANDES, David (1999), *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras tan pobres*, Barcelona, Crítica.
- LIEBERMAN, Victor B. (1999), «Transcending east-west dichotomies: state and culture formation in six ostensibly disparate areas», en Victor Lieberman, ed., *Beyond binary histories. Re-imagining Eurasia to c. 1830*, Ann Arbor, University of Michigan Press, pp. 19-102.
- LIEBERMAN, Victor B. (2003), *Strange parallels: Southeast Asia in global context, c. 800-1830*, Nueva York, Cambridge University Press.
- LINEBAUGH, Peter y Rediker, Marcus (2005), *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*, Barcelona, Crítica.
- MACFARLANE, Alan y Martin, Gerry (2002), *The glass bathyscaphe. How glass changed the world*, Londres, Profile Books.
- MADDISON, Angus (2004), «La economía de occidente y la del resto del mundo en el último milenio», en *Revista de Historia Económica*, XXII, n.º 2, pp. 259-336.
- MCNEILL, J. R. (1996), «The reserve army of the unmarried in world economic history: flexible fertility regimes and the wealth of nations», en D. H. Aldcroft and R. E. Catterall, eds., *Rich nations-poor nations. The long-run perspective*, Cheltenham, Edward Elgar, pp. 23-38.
- MISHRA, Pankaj (2012), *From the ruins of empire. The revolt against the west and the remaking of Asia*, Londres, Allen Lane.
- MOOR, Tine de y Van Zanden, Jan Lutten (2019), «Girl power: The European marriage pattern and labour markets in the North Sea region in the late medieval and early modern period», en *Economic History Review*, 63, n.º 1, pp. 1-33.
- MORENO FRAGINALS, Manuel (2001), *El ingenio: complejo económico social económico del azúcar*, Barcelona, Crítica.
- ORTIZ, Fernando (1973), *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Barcelona, Ariel.
- PARTHASARATHI, Prasannan (2012), *Why Europe grew rich and Asia did not, 1600-1850*, Cambridge, Cambridge University Press.
- PEDERSEN, Susan (2015), *The guardians. The League of Nations and the crisis of empire*, Nueva York, Oxford University Press.
- PÉREZ DE LA RIVA, Francisco (1944), *El café. Historia de su cultivo y explotación en Cuba*, La Habana, Montero.

- POMERANZ, Kenneth (2000), *The great divergence. China, Europe and the making of the modern world economy*, Princeton, Princeton University Press.
- POWELSON, John P. (1994), *Centuries of economic endeavor. Parallel paths in Japan and Europe and their contrast with the Third world*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- ROBINS, Nick (2012), *The Corporation that changed the world*, Londres, Pluto Press.
- RODNEY, Walter (1972), *How Europe underdeveloped Africa*, Londres, Bogle-L'Ouverture.
- ROSENBERG, N. y Birdzell L. E. (1986), *How the West grew rich: the economic transformation of the industrial world*, Nueva York, Basic Books.
- SATO, Osamu (2015), «Growth and inequality in the great and little divergence debate: a Japanese perspective», en *Economic History Review*, 68, n.º 2, pp. 399-419.
- SEMPAT ASSADOURIAN, Carlos (1979), «La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial. El espacio peruano, siglo XVI», en E. Florescano, ed., *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*, México, FCE, pp. 223-292.
- SPARKS, Randy J. (2014), *Where the Negroes are masters. An African port in the era of the slave trade*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- STOKES, Gale (2001), «The fates of human societies: A review of recent macrohistories», en *American Historical Review*, 106, n.º 2, pp. 508-525.
- TANDETER, Enrique (1992), *Coacción y mercado: la minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*, Cusco, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- VAN ZANDEN, J. L. (1995), «Tracing the beginning of the Kuznets curve: western Europe during the early modern period», en *Economic History Review*, 38, n.º 4, pp. 643-664.
- VAN ZANDEN, J. L. (1999), «Wages and the standard of living in Europe, 1500-1800», en *European Review of Economic History*, 3, n.º 2, pp. 175-197.
- VAN ZANDEN, L. (2009), *The long road to the Industrial revolution: the European economy in a global perspective. 1000-1800*, Leiden, Brill.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1989), *The modern world-system*, Nueva York, Academic Press.
- WILLIAMSON, Jeffery G. (2012) *Comercio y pobreza. Cuando y cómo comenzó el atraso del tercer Mundo*, Barcelona, Crítica.
- WRIGLEY, E. A. (2010), *Energy and the English industrial revolution*, Nueva York, Cambridge University Press.
- ZAHEDIE, Nuala (2010), *The capital and the colonies. London and the Atlantic economy, 1660-1700*, Nueva York, Cambridge University Press.
- ZAMOYSKI, Adam (2015), *Phantom terror. Political paranoia and the creation of the modern state, 1789-1848*, Nueva York, Basic Books.

Demografía y nivel de vida

LA PRIMERA PUBLICACIÓN
DE LOS «SEGOVIANOS» (ÁNGEL Y VICENTE):
«VILLACASTÍN DE 1466 A 1800»

VICENTE PÉREZ MOREDA

ESTE LIBRO REÚNE LOS TRABAJOS que se presentaron, o comenzaron a elaborarse, en el homenaje tributado en memoria de Ángel García Sanz en la Academia de Historia y Arte de San Quirce, el 19 de junio de 2015. En dicha sesión hablé de la antología de textos de Ángel, ya reunida y prologada, que los editores del presente volumen, más Ricardo Robledo y yo mismo, hemos llevado a cabo y que ha visto la luz no hace mucho, a finales del pasado año 2016.

No es este el lugar donde debe resumirse o presentarse el contenido de esa otra obra antológica de Ángel, aunque sí fuera el momento de darlo a conocer en la sesión de junio de 2015, apenas un año después de su desaparición. Los editores del presente volumen me han sugerido que, por dicho motivo, se «reedite» ahora, incluido en este volumen, el primer trabajo que firmamos conjuntamente Ángel y yo, el que marcó el inicio de las investigaciones y hasta el destino de la especialidad de cada uno de nosotros: el muchas veces citado artículo sobre Villacastín («Análisis histórico de una crisis demográfica: Villacastín de 1466 a 1800», *Estudios Segovianos*, xxiv, n.º 70, 1972, pp. 119-146), que figura al frente de nuestros respectivas publicaciones y que, sin embargo, no resulta fácil de encontrar a algunos lectores tal vez interesados hoy día en su consulta.

La reedición de este artículo requiere, sin embargo, algunas pequeñas observaciones, y creo que debe situarse, brevemente, en el debido contexto en que surgió. El trabajo de archivo se llevó a cabo, en lo sustancial, en el verano de 1971, cuando a mí me faltaba aún un año para acabar la licenciatura, y se redactó en los meses siguientes. Ángel tenía ya muy avanzado el texto de su tesis doctoral, que leería en 1973. Había redactado ya algún trabajo de envergadura, como fue